

# Cerámicas de cocina cartaginesas en contextos ibéricos de la costa catalana

DAVID ASENSIO I VILARÓ  
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

## 1. Introducción

Este artículo parte de la elaboración de un trabajo más amplio que trata de analizar la dinámica comercial de las comunidades ibéricas del área de la costa catalana desde el inicio del impacto colonial en la zona (siglo VII aC.) hasta la presencia romana (en torno al 200 aC.). En éste hemos procedido a revisar a fondo diversos conjuntos cerámicos de los yacimientos mejor conocidos de la zona considerada (FIG. 1), haciendo hincapié en el estudio específico de dos categorías vasculares: las ánforas y las cerámicas comunes de importación.

La vajilla fina importada, sin duda debido a lo llamativo de sus rasgos formales y decorativos, conoce una tradición de estudio mucho más antigua y consolidada<sup>1</sup>. Sin embargo, la comprensión de la globalidad del fenómeno comercial no es posible sin la consideración del elemento que constituye, sin duda, el motor principal de esta actividad<sup>2</sup>. Nos referimos, lógicamente, a los recipientes anfóricos que permi-

ten el traslado de aquellas manufacturas agrícolas (fundamentalmente vino o aceite) cuya producción y venta constituyen el fundamento económico de las actividades comerciales emprendidas por los grandes emporios del Mediterráneo centrooccidental (Ebusus, Cádiz, Marsella, Cartago, etc.).

A pesar de la obiedad de esta aseveración, el conocimiento actual del fenómeno de la presencia, en contextos ibéricos, de las ánforas importadas, así como de las cerámicas comunes que a menudo las acompañan, es todavía muy deficitario. Sin duda, a ello ha contribuido la falta de estudios específicos sobre las características y evolución tipológica propia de esta categoría cerámica. Recientes trabajos, como el que afecta a los recipientes anfóricos de producción púnica<sup>3</sup>, empiezan a allanar el camino en este sentido. Con todo, nuestra labor ha consistido no solo en la identificación de los tipos y la procedencia de los envases documentados en nuestros yacimientos sino, sobre todo, en proceder a una cuantificación precisa de estos elementos. De esta cuantificación resulta una aproximación estadística comparada (tanto a nivel cronológico como geográfico) que conduce a una percepción notable de la realidad de las corrientes comerciales protohistóricas objeto de estudio<sup>4</sup>.

Los primeros resultados que podemos avanzar de este estudio muestran el predominio abrumador de las producciones anfóricas de procedencia púnica, con especial incidencia de los envases púnico ebusitanos<sup>5</sup>. En cambio, es bien conocida la preponderancia de las piezas de origen griego entre la vajilla fina importada de los mismos conjuntos cerámicos<sup>6</sup>. Este hecho se constata por igual a lo largo de todo el arco cro-

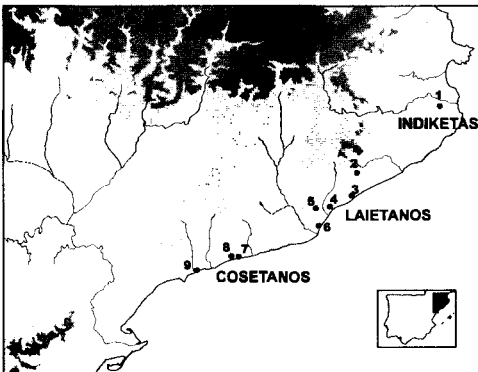


Figura 1.

nológico considerado así como en toda el área geográfica observada, incluyendo aquellos yacimientos más septentrionales (y por ello más cercanos a los enclaves coloniales griegos de *Emporion* y *Rhode*) como, por ejemplo, Ullastret (FIG. 2).

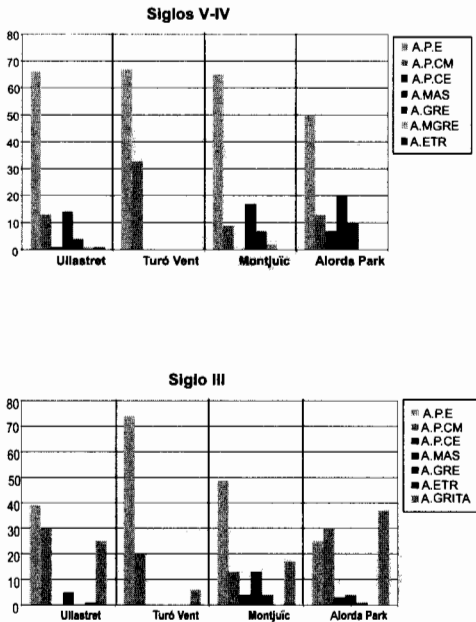


Figura 2.

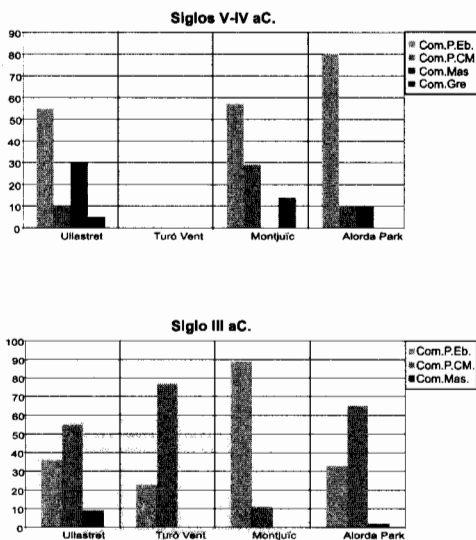


Figura 3.

## 2. La evidencia de las cerámicas de cocina cartaginesas

Las cerámicas comunes importadas evidencian, en los contextos ibéricos de la costa catalana, un comportamiento muy similar al descrito anteriormente para las ánforas de importación. Esto es, un dominio cuantitativo absoluto de las piezas de producción púnica, en especial, como es lógico, también de aquellas de procedencia púnica ebusitana (FIG. 3). Por lo que respecta a las formas documentadas, curiosamente el mortero constituye el tipo más frecuente, tanto entre las importaciones ebusitanas como entre las cartaginesas (FIGS. 4 Y 5). El repertorio de cerámicas comunes importadas presentes en nuestros yacimientos se completa con una minoritaria presencia de elementos de servicio o vajilla de mesa (jarras de diversos tipos, hidrias, platos o copas de barniz negro, etc.), en algún caso poco comunes fuera de su lugar de origen (FIGS. 4 Y 5). De hecho, se considera habitualmente que conforman el complemento lógico del cargamento anfórico de los navíos de transporte y, a menudo, se utilizan como indicativo básico para identificar la adscripción cultural de los tripulantes de los mismos<sup>7</sup>.

Dentro de esta categoría de cerámicas comunes importadas se inscriben las piezas que motivan estas líneas, esto es, las cazuelas, y sus respectivas tapaderas, de producción cartaginesa. Se trata, sin duda, de recipientes culinarios destinados a la cocción de alimentos a fuego lento. Este tipo de cazuelas son bien conocidas tanto en contextos griegos, donde han recibido los nombres propios de *lopades*, *caccabai* y *chytai*<sup>8</sup> como en contextos púnicos<sup>9</sup>. En ambos casos los perfiles conocidos son muy similares, con unos rasgos formales comunes debidos a la especificidad de su función: relación diámetro de boca/altura siempre, en mayor o menor medida, favorable a la primera; amplios fondos de tendencia horizontal que propician la existencia de una superficie grande en contacto con el fuego, labios moldurados que permiten un encaje preciso con las tapaderas, hecho imprescindible para la correcta elaboración de ciertos guisos, presencia de dos asas horizontales enganchadas al cuerpo de la cazuela, etc. Además es constante en estas piezas la observación

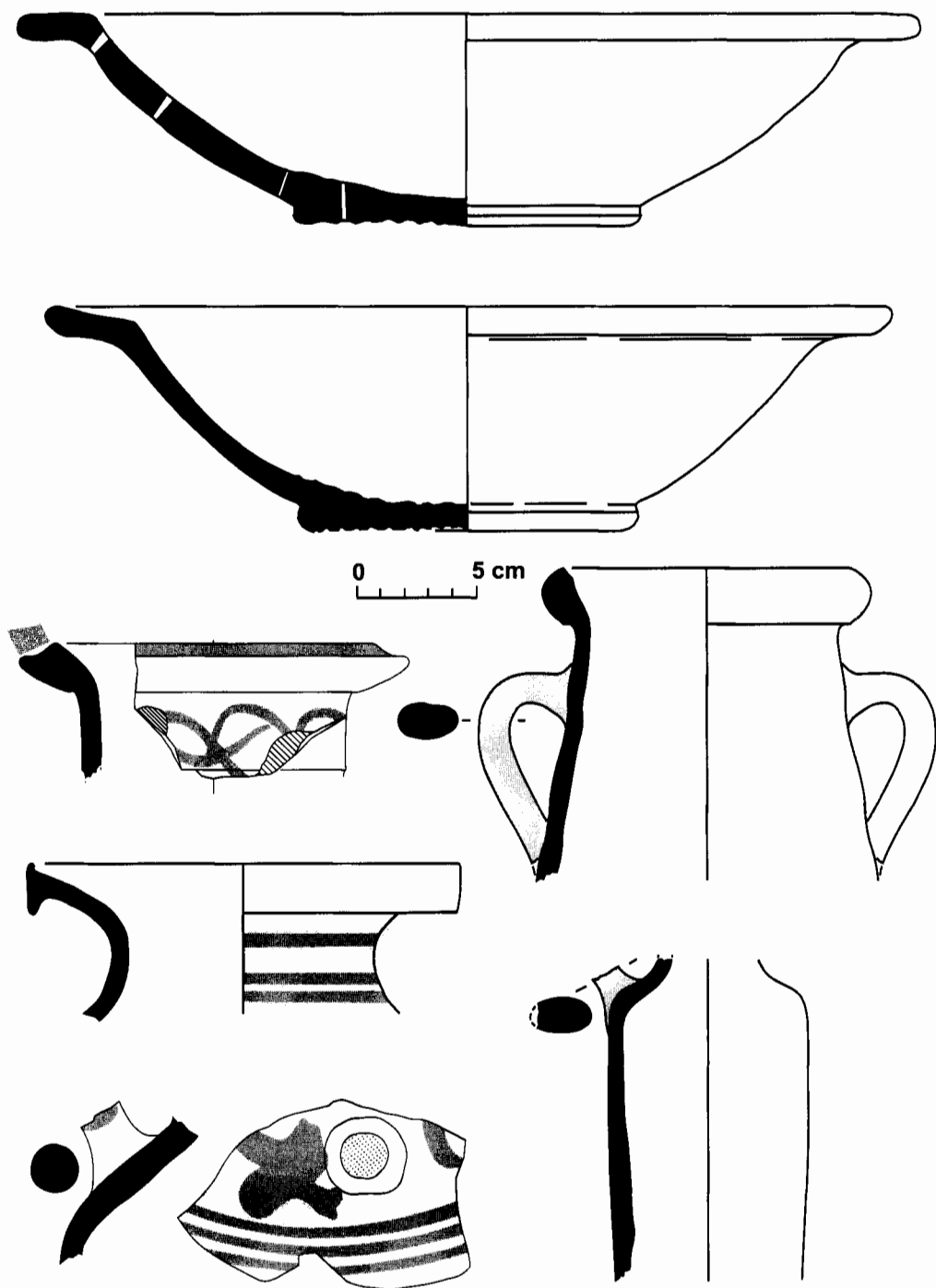


Figura 4.

de buena parte de la superficie externa (notablemente en el caso de los bordes) ennegrecida a causa de su uso.

De ello se desprende que la única manera de identificar la procedencia de nuestras piezas es a través de las características propias de las pastas de cada producción. En el caso de las cartaginesas, se definen por unas pastas duras y rugosas, de color rojo ladrillo y con una presencia más bien escasa de desgrasante calcareo. Es decir, la misma pasta observable en las producciones anfóricas, pero mucho más depuradas y con predominio total de los tonos rojizos intensos. Esta descripción se corresponde plenamente con un buen número de ejemplares exhumados en los yacimientos aquí considerados, hecho que nos muestra su segura procedencia cartaginesa.

La documentación de este tipo de piezas entre los materiales cerámicos de diversos asentamientos ibéricos de la zona catalana fue puesta de manifiesto recientemente<sup>10</sup>. Con todo, la documentación disponible entonces era bastante reducida; déficit que se ha reducido notablemente con la evidencia, hasta ahora inédita, que presentamos en este trabajo. Para una mejor contextualización de los hallazgos de este tipo de piezas, repasaremos esta nueva documentación ordenada según los tipos de asentamientos de procedencia. De este modo queremos enfatizar la existencia de tipos o modelos de asentamiento bien diferenciados, como reflejo de una estructuración socioeconómica compleja de las comunidades ibéricas de la zona<sup>11</sup>. Entre otras cosas, según el modelo de yacimiento (ciudad/capital, ciudad de segundo orden, ciudadela portuaria, fortín, asentamiento especializado, aldeas agrícolas, etc.) el grado de relación de sus habitantes con el ámbito comercial será mayor o menor; de ello quedará constancia en la composición de sus conjuntos cerámicos, especialmente en aquellos elementos importados como es nuestro caso.

Procediendo de norte a sur, encontramos los primeros ejemplares de cazuelas cartaginesas en el importante conjunto indiketa formado por los núcleos vecinos de Puig de Sant Andreu i Illa d'en Reixac, en Ullastret (Baix Empordà) (FIG. 1, 1). Se trata de un gran centro urbano que alcanza las 10 ha. (sumando la superficie de

ambos asentamientos), y que sin duda constituyó el centro económico y político de las comunidades ibéricas que habitaban en el territorio limítrofe con la colonia griega de Ampurias. Las modernas tareas agrícolas de aterramiento de la zona provocaron el desaparición de buena parte de los niveles superiores del yacimiento, es decir, los niveles de la última fase de ocupación del mismo. Esto explica que la estratigrafía arqueológica del mismo comience, a menudo, a partir del siglo IV aC. y que los materiales propios del siglo III aC. sean menos abundantes y se concentren en los niveles superficiales. Precisamente de estos estratos superficiales, de la zona de la cantera de piedra, proceden los tres ejemplares del Puig de San Andreu que aquí presentamos (FIG. 6), asociados a ánforas grecoitalicas y ánforas púnicas centromediterráneas del Tipo 5.2.3.1. Asimismo, se ha publicado un cuarto ejemplar procedente en este caso de la Illa d'en Reixac, de una zona del yacimiento, la zona 15, que es de las pocas que ha conservado *in situ* niveles de finales del siglo III aC. o principios de la centuria siguiente<sup>12</sup>.

En tierras layetanas, más al sur, el siguiente centro urbano con funciones de capital territorial sería el de Burriac (la *Ituro* ibérica) y el complejo arqueológico del valle de Cabrera de Mar. Se trata de un asentamiento de unas 10 ha de extensión, rodeado de diversos yacimientos vinculados como son dos áreas de enterramiento, dos puntos de vigía y control, un santuario en cueva, algunos pequeños asentamientos dispersos de carácter agrícola y, al menos, tres campos de silos. Del interior de un silo del grupo de Can Miralles/Can Modolell procede uno de los dos ejemplares más antiguos de los que conocemos hasta ahora, datado a finales del siglo IV aC<sup>13</sup>. También de este lugar han sido dados a conocer tres cazuelas más, procedentes de silos amortizados en el primer tercio del siglo II aC<sup>14</sup>. Por su lado, en el campo de silos de Can Bartomeu (FIG. 1, 3) ha sido localizada una pieza en un silo amortizado a mediados del siglo III aC. y tres ejemplares más procedentes de depósitos datados en los decenios que rodean al año 200 aC. (FIG. 6).

Otro núcleo que podría haber tenido el papel de ciudad/capital en la Layetania sería el asenta-

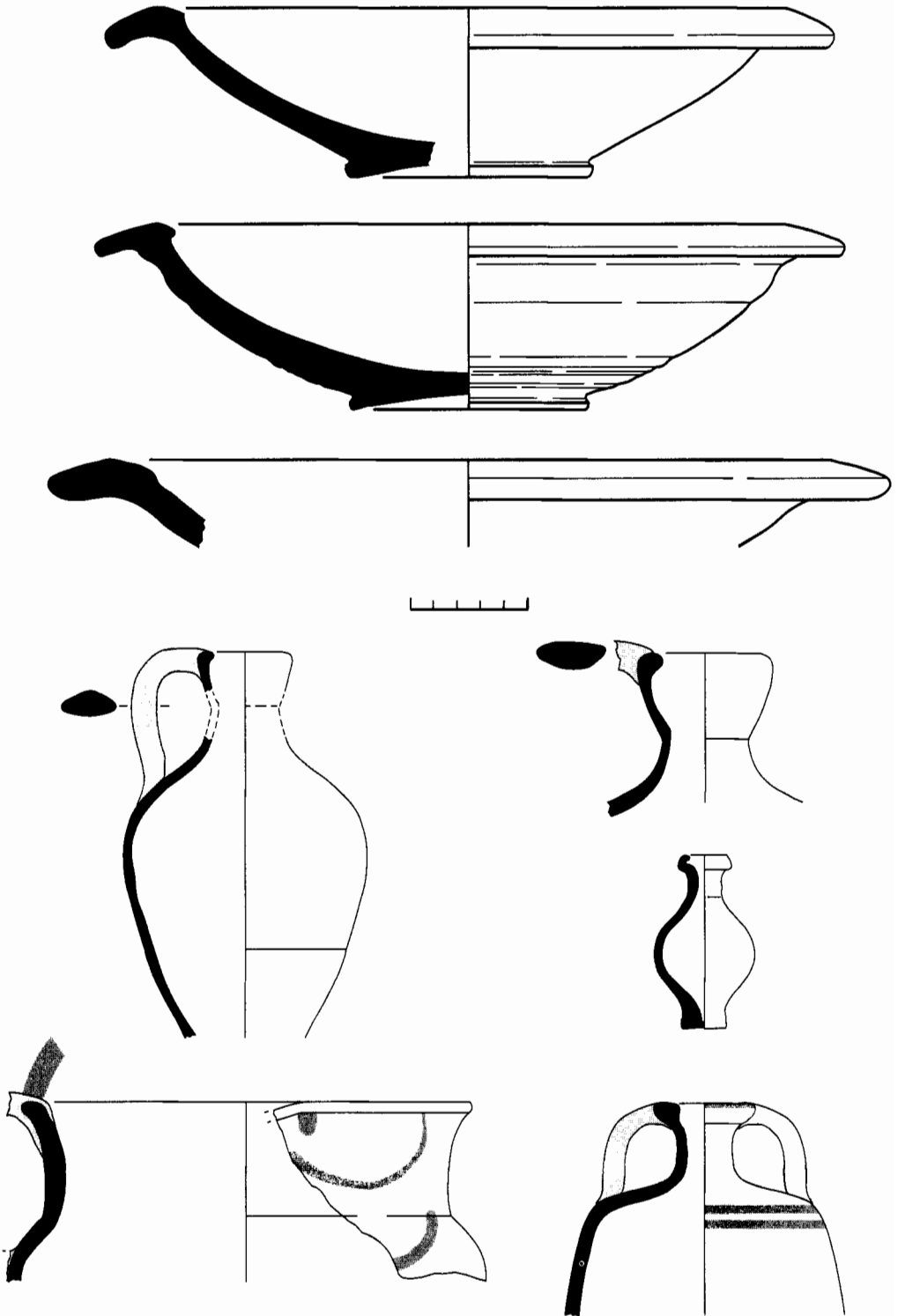


Figura 5.

miento de la montaña de Montjuïc, en la actual Barcelona (la posible *Barkeno* ibérica) (FIG. 1, 6). Las construcciones modernas han modificado profundamente la zona y, seguramente, destruido gran parte del hábitat ibérico. Sin embargo, ha sido posible localizar un campo de silos con depósitos de una capacidad inmensa, muy por encima de la media habitual. La mayor parte de los silos excavados están amortizados en el siglo IV aC., pero en algunos niveles removidos se documenta una buena representación de materiales importados datados del siglo III aC. entre los que se encuentra la base de tapadera de cazuela cartaginesa que presentamos en este trabajo (FIG. 6).

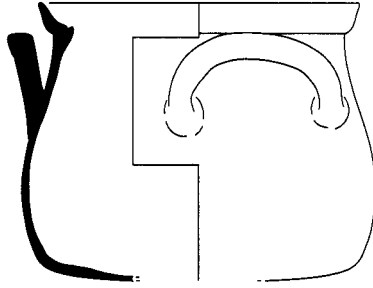
Más al sur, la *Kesse* ibérica (FIG. 1, 9), situada bajo el núcleo urbano de la actual Tarragona, es considerada como la ciudad principal del territorio cossetano. Sin llegar al caso extremo de Barcelona, las construcciones modernas también enmascaran de forma importante las estructuras ibéricas. Con todo, hallazgos de estructuras habitacionales dispersos en diferentes puntos de la ciudad permiten suponer para el núcleo ibérico una extensión mínima de una 9 ha. En este caso, los niveles conservados *in situ* pertenecen, sobre todo, al siglo V aC. y, en menor medida, al siglo IV aC. El siglo III aC. se documenta en niveles removidos relacionados con las estructuras de la ciudad romano republicana. En este contexto aparece el ejemplar de la Calle Caputxins que presentamos en la figura 6 (FIG. 6).

En un nivel inferior a los asentamientos hasta ahora mencionados habría que considerar una serie de núcleos con características urbanas pero de dimensiones bastante inferiores (entre 2 y 4 ha.), quizás con funciones de capitales comarcas. Entre ellas, en territorio layetano, se ubica el Turó de Ca n'Olivé (Cerdanyola del Vallès, Vallès Occidental) (FIG. 1, 5). Este yacimiento presenta unos niveles de abandono repentino y quizás violento, bien datados a finales del siglo III aC., de donde procede un ejemplar bastante completo de olla o caccabé (FIG. 6). Dos fragmentos de estas piezas han sido halladas en el poblado, también layetano, del Mas Boscà (Badalona, Barcelonès)<sup>15</sup> (FIG. 1, 4), que entraría dentro de esta misma categoría de núcleos de segundo orden.

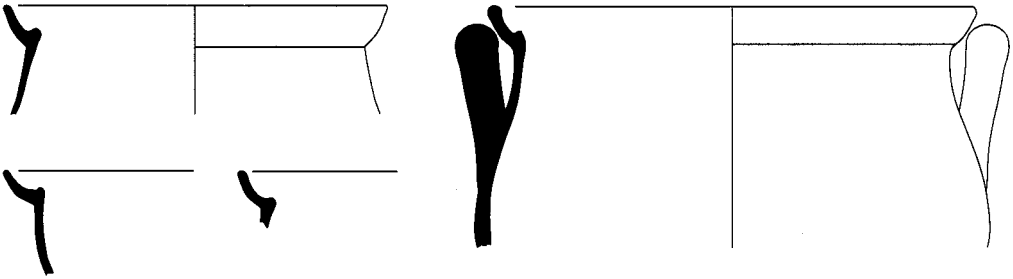
Una tercera categoría de asentamientos viene definida por la asociación de evidencias de actividades artesanales especializadas junto con abundancia de estructuras de almacenaje tipo silos y espacios habitados más bien reducidos. Se trata de núcleos de actividades económicas especializadas, dependientes de centros urbanos o de podes cercanos, con un verosímil carácter de mercado. Un ejemplo de este tipo de yacimientos es el recientemente excavado de Las Guàrdies (El Vendrell, Baix Penedès), en territorio cossetano (FIG. 1, 8), donde las actividades metalúrgicas parecen haber centrado su función económica. Otro caso paradigmático es el del asentamiento, en este caso layetano, del Turó del Vent (Llinars del Vallès, Vallès Oriental) (FIG. 1, 2), donde, a parte de una gran cantidad de silos, las evidencias de actividades textiles es muy fuerte. Estas actividades especializadas, iniciadas en el siglo IV aC., se interrumpen, en ambos casos, hacia el 200 aC., momento en que se produce, asimismo, la amortización de la mayoría de los silos. De estos niveles de amortización (o de niveles superficiales) proceden tanto los ejemplares de Les Guàrdies (FIG. 6) como los del Turó del Vent. En este segundo caso disponemos de uno de los más completos conjuntos de elementos de cocina cartagineses conocidos en la costa catalana. En efecto, contamos con un total de 16 individuos de ollas o cazuelas y un ejemplar de tapadera (FIG. 7). Es un repertorio además bastante diverso en el que se reconocen las principales variantes formales propias de estos recipientes<sup>16</sup>.

Finalmente, el segundo lote más relevante de piezas de este tipo procede de la ciudadela cossetana de Alorda Park (Calafell, Baix Penedès) (FIG. 1, 7). Se trata de un pequeño asentamiento costero (3000m<sup>2</sup>), fuertemente fortificado, que, por ello, ha sido interpretado como la residencia de un reducido grupo de familias nobles que controlan la producción del territorio circundante así como su vehiculación hacia los mercados externos. Esta ciudadela, construida hacia el 450 aC., conoció un abandono masivo y rápido en el último cuarto del siglo III aC. o muy a principios del siglo II aC., formándose unos potentes niveles arqueológicos de amortización

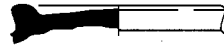
### Turó de Ca n'Olivé (Cerdanyola, Barcelona)



### Can Bartomeu (Cabrera de Mar, Barcelona)



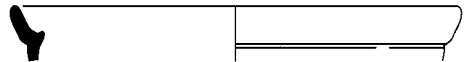
### Montjuïc (Barcelona)



### Les Guàrdies (El Vendrell, Tarragona)



### Caputxins (Tarragona)



### Puig de Sant Andreu (Ullastret, Girona)

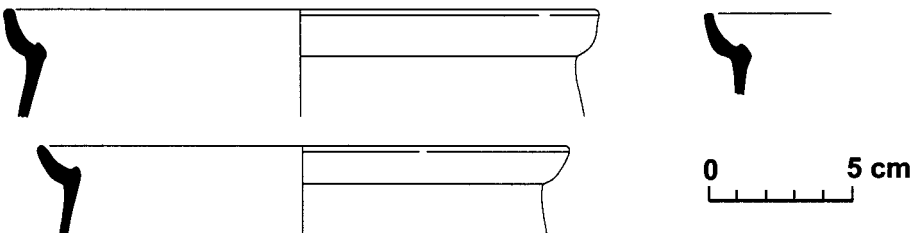
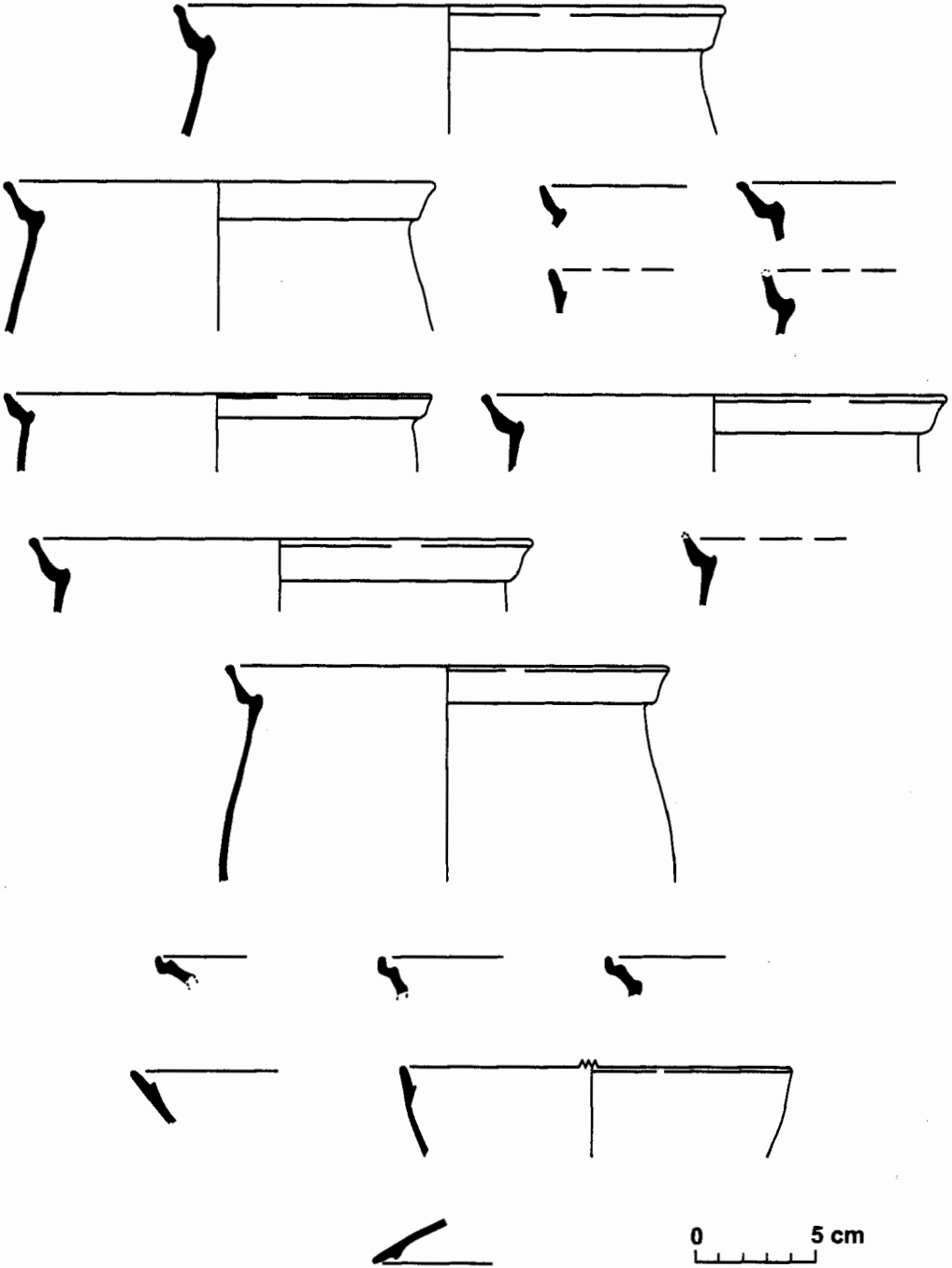


Figura 6.

### Turó del Vent (Llinars del Vallès, Barcelona)



0 5 cm

Figura 7.



### Alorda Park (Calafell, Tarragona)

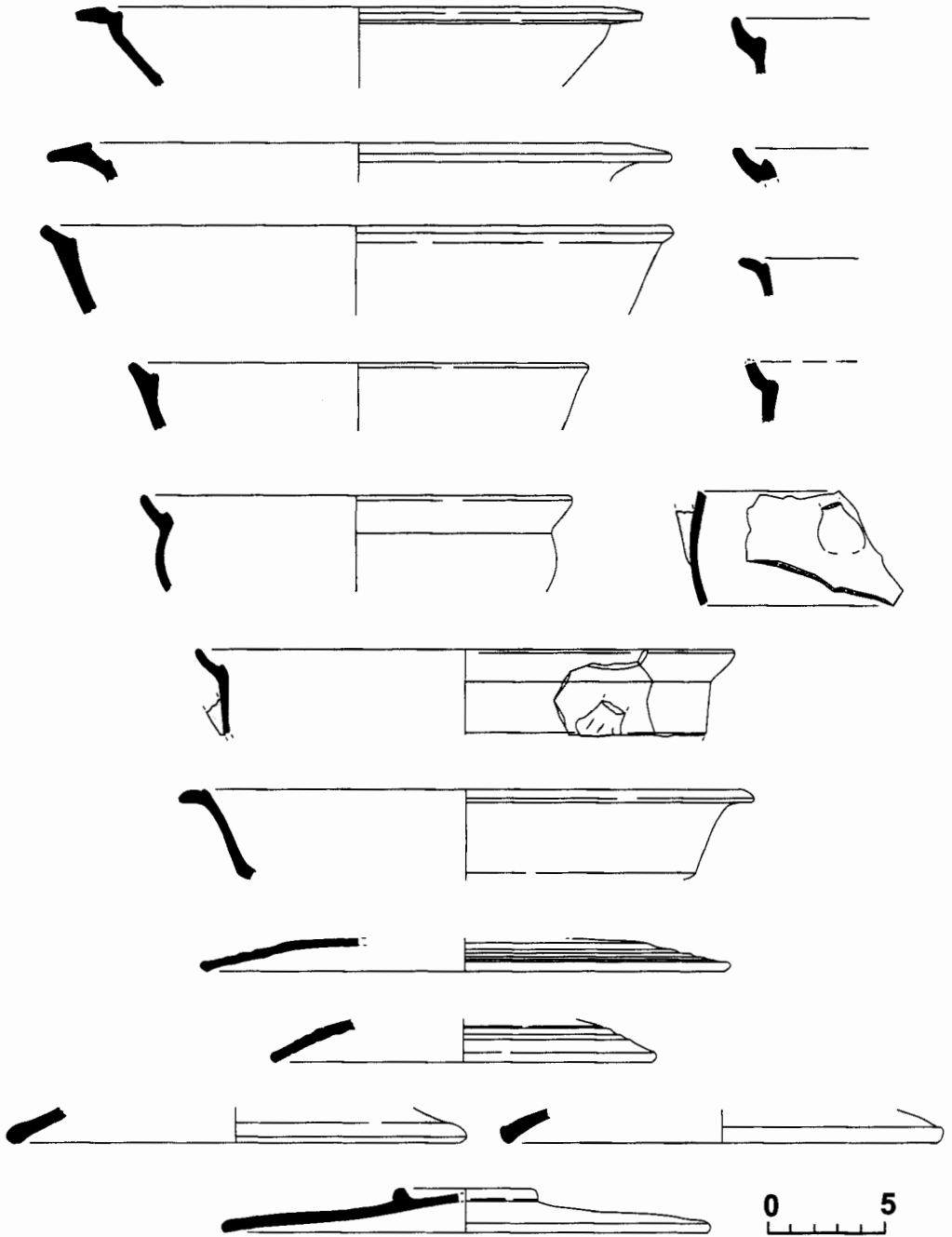


Figura 8.

de los que proceden la mayor parte de las piezas que aquí presentamos (FIG. 8). En concreto disponemos de un total de 11 individuos de ollas o cazuelas, acompañadas de un mínimo de cinco ejemplares de sus respectivas tapaderas. Otra vez se observa una notable variedad en los tipos formales documentados. Finalmente, del relleno de un pozo datado de segunda mitad del siglo IV aC. procede un fragmento informe que verosimilmente pertenece a esta categoría y, así, constituye, junto al fragmento de Can Miralles/Can Modolell, la evidencia más antigua conocida en la zona considerada<sup>17</sup>.

En conjunto, nuestra revisión revela que hay dos características específicas de este fenómeno ceramológico que consideramos altamente significativas y, por ello, susceptibles de ser destacadas.

En primer lugar, esta la cuestión de la cronología. Si bien es cierto que algún ejemplar de este tipo proviene de niveles que remontan hasta el siglo IV aC., hay que convenir que la presencia de estos materiales es un fenómeno bastante tardío y notablemente puntual. En efecto, como hemos demostrado, la gran mayoría de ejemplares conocidos se concentran fundamentalmente en contextos bien datados en torno a finales del siglo III aC. o primeros decenios del siglo II aC. Se trata de un momento muy bien documentado en los niveles de abandono o amortización de numerosos asentamientos ibéricos de la zona, sin duda, en directa relación con los acontecimientos bélicos que acompañan el inicio de la presencia romana en la Península Ibérica (Segunda Guerra Púnica y posteriores campañas represivas del cónsul Catón).

El segundo de los rasgos que globalmente caracteriza este fenómeno es el de la alta incidencia proporcional de este tipo de piezas respecto al conjunto de formas de cerámicas comunes importadas. En aquellos yacimientos en que hemos podido cuantificar con precisión observamos que, en los niveles datables en torno al año 200 aC., las cazuelas cartaginesas presentan siempre una representación muy elevada. Así, en el Puig de Sant Andreu (Ullastret, Baix Empordà) o en Can Bartomeu/Burriac (Cabrera de Mar, Maresme) representan en torno al 30%

de los individuos de cerámicas comunes importadas; porcentaje no superado por ninguna otra de las formas consideradas (morteros púnico ebusitanos, vajilla púnica ebusitana, morteros púnicos centromediterráneos, vajilla púnica centromediterránea). Asimismo, en los asentamientos de Alorda Park (Calafell, Baix Penedès) o de Turó del Vent (Llinars del Vallès, Vallès Oriental) las proporciones observadas denotan un predominio mucho más acusado, con un 40% de los individuos en Alorda Park y un 55% en el del Turó del Vent (FIG. 9).

Notemos que, si bien el número real de piezas parece mostrar una desigualdad muy fuerte entre la evidencia de Alorda Park y Turó del Vent respecto del resto de yacimientos, los porcentajes resultantes de la cuantificación matizan notablemente esta percepción. Este hecho revela la potencialidad de estas aproximaciones estadísticas, inexcusables a la hora de interpretar correctamente (e históricamente) los diversos comportamientos ceramológicos<sup>18</sup>. Sea como fuere, hay que recordar que las cerámicas comunes importadas son muy minoritarias respecto al conjunto de cerámicas culinarias usadas en los yacimientos comentados. En este sentido, el predominio abrumador corresponde a las producciones locales, fundamentalmente cerámicas a mano y, a partir del siglo III aC., cerámicas groseras a torno<sup>19</sup>.

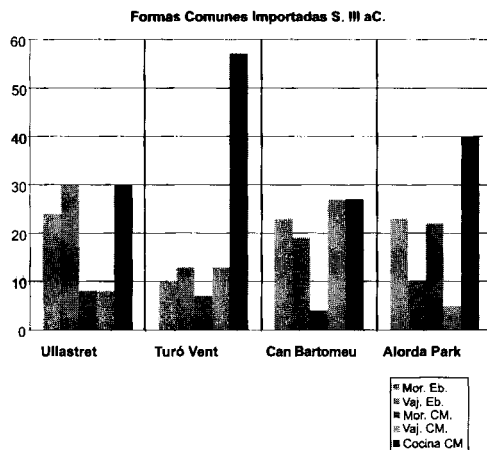


Figura 9.

### 3. Consideraciones finales: una interpretación histórica

En definitiva, en esta comunicación pretendemos llamar la atención sobre un fenómeno ceramológico que, en nuestra opinión, pone de manifiesto la estrecha vinculación que, en un momento determinado, pudo existir entre las comunidades ibéricas de la zona de la costa catalana y el mundo púnico cartaginés, en ese momento, con el centro de operaciones ubicado en el sudeste peninsular y, más concretamente, en la Cartagena bárquida.

Ahora bien, más allá de esta aseveración genérica, trataremos de profundizar, a partir de la evidencia presentada, en la naturaleza precisa de esta vinculación. Nos preguntamos, pues, a que dinámica concreta responde la presencia de este tipo de piezas en los contextos ibéricos catalanes considerados. Se trata de un fenómeno estrictamente comercial, como en el caso del resto de elementos cerámicos de importación (ánforas, vajilla fina, etc.), o hay que considerar otro tipo de interpretaciones. En este análisis habrá que tener muy en cuenta los factores siguientes:

1. El claro predominio cuantitativo de las ánforas púnico ebusitanas en los yacimientos de la zona (FIG. 2) es una evidencia inequívoca de la fuerte incidencia comercial del factor púnico ebusitano. Con ello, es significativo el hecho que las cazuelas de cocina ebusitanas sean inexistentes en el registro arqueológico de los mismos yacimientos. Como hemos comentado, los perfiles de estas piezas son muy similares en los distintos centros de producción, pero no pasa lo mismo con las características de sus pastas. Las cazuelas púnico ebusitanas presentan una factura muy definida, imposible de confundir con los ejemplares de producción cartaginesa y desconocida en los yacimientos catalanes. Es decir, que una incidencia estrictamente comercial, por muy profunda que esta sea, no conlleva necesariamente la aparición, en la zona de recepción, de los aperos de cocina propios del agente difusor de mercancías.

2. La cronología de producción de las cazuelas cartaginesas es muy amplia y abarca desde finales del siglo V aC. hasta bastante más allá del siglo II aC. (entroncando directamente con

las mejor conocidas cerámicas comunes africanas de época romana). Es, en este sentido, chocante el hecho de que, salvo unas pocas excepciones, este tipo de pieza se circunscriba a un periodo relativamente corto, en torno al año 200 aC. Las dinámicas comerciales suelen ser de más amplio alcance.

3. La naturaleza misma de este tipo de piezas puede ser, finalmente, el factor más significativo. Su funcionalidad de aperos de cocina los aleja de una consideración como elemento fácilmente sujeto a transacciones comerciales. Estas piezas nos hablan, más bien, de unos usos culinarios específicos y, como tales, estrechamente vinculados a sus usuarios habituales como parte integrante de sus tradiciones culturales particulares.

En este sentido, cabe señalar como la presencia de estas cazuelas cartaginesas en la factoría ebusitana de Na Guardis, en Mallorca, muy por encima de lo que se documenta en la misma Ebusus, se vincula con el carácter marineroy mercantil. La frecuentación en este punto de escala costero de tripulaciones y mercaderes que viajan con sus propios aperos de cocina necesarios durante la travesía sería, según su investigador, la explicación más satisfactoria para este fenómeno<sup>20</sup>. Otra vez, nos alejamos de una interpretación puramente comercial.

Descartada así, por todos los motivos expuestos, la transmisión por mecanismos comerciales, habrá que considerar las dos únicas explicaciones posibles, que ya habían sido enunciadas en el trabajo anterior<sup>21</sup>:

1. Se trata de un fenómeno de adopción de unos usos culinarios exógenos por parte de unos segmentos determinados de la sociedad ibérica. En concreto, los grupos dominantes de la sociedad indígena, aquellos que monopolizan el ámbito de las transacciones comerciales, podrían haber adoptado los hábitos culinarios de aquellos elementos con quienes, además de realizar habitualmente operaciones mercantiles, podrían haber establecido vínculos personales de dependencia y/o incluso, a saber, pactos o alianzas de carácter político o militar.

Dentro de la lógica de esta hipótesis, cabría pensar en un primer momento de uso de piezas exóticas, importadas del lugar de producción,

que rápidamente serían imitadas y fabricadas por artesanos indígenas. La evidencia de las cerámicas groseras a torno que abundan a partir del siglo III a C., precisamente con los tipos *lopades* o *caccabai* entre los más destacados de su limitado repertorio formal, concordaría con esta idea. Igualmente, el hecho de su hallazgo preferentemente en aquellos tipos de asentamientos caracterizados por ser residencia de los grupos dominantes de la sociedad (capitales, ciudades de segundo orden, mercados, ciudadelas) también abonaría esta interpretación.

Con todo, dos argumentos nos hacen dudar de esta interpretación, a pesar de su verosimilitud. En primer lugar el hecho, ya comentado, de que las cazuelas documentada en nuestros yacimientos sean exclusivamente cartaginesas. No se explica la ausencia de piezas de producción ebusitana cuando, a tenor de la evidencia anfórica, los agentes comerciales de la isla debían conformar la vanguardia en el contacto comercial con las elites indígenas de la costa catalana. Además, no se entiende la focalización del fenómeno en un momento tan puntual, en torno al año 200 aC., cuando, atendiendo a la intensidad comercial comprobada desde el siglo V aC., tal manifestación de aculturación podría haber cuajado perfectamente mucho antes.

2. Siguiendo esta argumentación, proponemos, finalmente, una interpretación del fenómeno ligada a la presencia física de elementos cartagineses en el interior de comunidades indígenas de la costa catalana. En este sentido, se podría pensar en agentes comerciales o especialistas artesanos residentes en estos asentamientos. Esta posibilidad no sería descartable para parte de la documentación considerada en este artículo (en especial, para aquellas pocas piezas de datación más antigua). Sin embargo, la coincidencia de la datación de la mayor parte de los ejemplares citados, en torno al 200 aC., con los importantes acontecimientos bélicos que protagonizan este periodo, en especial la lucha que en este territorio se establece entre romanos y cartagineses durante la Segunda Guerra Púnica, nos hace defender una pertenencia de aquellos aperos a tropas cartaginesas. El establecimiento puntual de guarniciones cartaginesas (y/o roma-

nas) en enclaves indígenas en el marco de las operaciones militares y en función de una cambiante política de alianzas no sería un hecho extraño. Esta hipótesis tendría mayor peso en el caso de aquellos asentamientos que presentan una documentación cuantitativamente relevante, como es el caso de la ciudadela de Alorda Park o el núcleo especializado de Turó del Vent (FIG. 10).

En cualquier caso, el fenómeno aquí descrito, aún teniendo un carácter muy puntual y estar enmarcado en una circunstancia histórica excepcional, es muy significativo de un rasgo general de las sociedades indígenas de la zona que arranca desde los periodos anteriores. Nos referimos a una situación de, en nuestra opinión, inequívoca vinculación cultural y económica de estas comunidades con el mundo púnico. Estos lazos arrancan desde unas originarias actividades de intercambio iniciadas por agentes fenicios occidentales en el siglo VII aC. y que, a lo largo de los siglos, debieron ir penetrando más allá del ámbito estrictamente comercial. Nótese que estamos hablando de unos asentamientos situados al norte del río Ebro, tradicionalmente considerada como una zona rápida y fácilmente dominada por las tropas romanas a partir del establecimiento del campamento de Tarraco en el 218 aC. Facilidad apoyada en la tradicional consideración de esta zona dentro de la esfera de influencia de la colonia focea de Ampurias. La presencia en esta área del nordeste peninsular de las dos colonias griegas más occidentales, *Emporion* y *Rhode*, sin duda, ha pesado mucho en la visión “helenizada” o “helenizante” de sus habitantes; percepción que fenómenos como el aquí descrito (sumado, entre otros, al de la evidencia de los materiales anfóricos de importación) nos obligan a matizar, cada día que pasa, en mayor medida.

#### NOTAS

- 1 TRIAS, G., *Cerámicas griegas de la Península Ibérica*, 2 Vols., Valencia, 1967-1968; SANMARTÍ GREGO, E., *La cerámica campaniense de Emporion y Rhode*, Monografías Emporitanes, IV, 2 Vols., Barcelona, 1978; PRINCIPAL, J., *Las importaciones de vajilla fina de barniz negro en la Cataluña sur y occidental durante el siglo III aC. Comercio y dinámica de adquisición en las sociedades indígenas*, BAR, S729 (=Western Mediterranean Series, 2), Oxford, 1998.

- <sup>2</sup> NIETO, J., «Cargamento principal y cargamento secundario», *Hommage à Jean Rougé: Navires et commerces de la Méditerranée antique, Cahiers d'Histoire*, XXXIII, 3-4, 1988, 379-395.
- <sup>3</sup> RAMÓN, J., *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo central y occidental*, Col.lecció Instrumenta, 2, Barcelona, 1995.
- <sup>4</sup> ASENSIO, D., SANMARTÍ, J., «Consideracions metodològiques en relació a l'estudi de les activitats comercials en època protohistòrica», *XI Col.loqui de Puigcerdà: comerç i vies de comunicació (1000 aC.-700 dC.)*, Barcelona, 1998, 17-32.
- <sup>5</sup> ASENSIO, D., «Les ànfores d'importació de la ciutadella ibèrica d'Alorda Park o Les Toixoneres (Calafell, Baix Penedès, Tarragona)», *Revista d'Arqueologia de Ponent*, 6, 35-79.
- <sup>6</sup> SANMARTÍ, J., «La ceràmica grega fina del poblat ibèric d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès). Segles VI-IV aC.», *Pyrenae*, 27, 1996, 117-139.
- <sup>7</sup> GUERRERO, V.M., «Ceràmica de cocina a bordo de mercantes púnics», *Actas del Symposium Européen: Marines marchandes et commerce grec, carthaginoise et étrusque dans la mer Tyrrhenienne* (Ravello 1987), Pact. 20, 1988, 393-416.
- <sup>8</sup> BATS, M., *Vaisselle et alimentation à Olbia de Provence*, Revue d'Archaeologie de Narbonnaise, supl. 18, Paris.
- <sup>9</sup> GUERRERO, V.M., «La vajilla púnica de usos culinarios», *Rivista di Studi Fenici*, XXIII, 1, Roma, 1995, 61-99.
- <sup>10</sup> CONDE, M.J., CURA, M., GARCÍA, J., SANMARTÍ, J., ZAMORA, D., «Els precedents: les ceràmiques de cuina a torn pre-romanes en els jaciments ibèrics de Catalunya», *Monografies Emportanes*, VIII, 13-23.
- <sup>11</sup> ASENSIO, D., BELARTE, M.C., SANMARTÍ, J., SANTACANA, J., «Paisatges ibèrics: tipus d'assentaments i formes d'ocupació del territori a la costa central de Catalunya durant el període ibèric ple», *Actas del Congreso Internacional: Los Iberos, Principes de Occidente*, Barcelona, 1998, 373-388.
- <sup>12</sup> EQUIPS PONTÓS I ULLASTRET, «Les facies ceràmiques d'importació de l'Empordà durant el segle III aC. I la primera meitat del segle II aC. a través dels jaciments de Pontós i Ullastret», *Arqueomediterrània*, 4, Barcelona, 129-156, fig. 14, 3.
- <sup>13</sup> CONDE et alii, *op. cit.*, fig. 13, 4.
- <sup>14</sup> CONDE et alii, *op. cit.*, fig. 13, 1 a 3.
- <sup>15</sup> CONDE et alii, *op. cit.*, nota 3.
- <sup>16</sup> GUERRERO, V.M., *op. cit.*, 1988.
- <sup>17</sup> ASENSIO, D., BRUGUERA, R., CELA, X., MORER, J., «Una mina d'aigua a l'interior de la ciutadella ibèrica d'Alorda Park (Calafell, Baix Penedès)», *Miscel.lània Penedesenca*, XXIV, 1996, 109-143.
- <sup>18</sup> ASENSIO, D., SANMARTÍ, J., *op. cit.*, 1998.
- <sup>19</sup> CONDE et alii, *op. cit.*
- <sup>20</sup> GUERRERO, V.M., *op. cit.*, 1988.
- <sup>21</sup> CONDE et alii, *op. cit.*